



A los doce años, mi madre, que era enfermera, trajo a casa un Nuevo Testamento que los Gedeones Internacionales le habían dado. Me llamó la atención y, aunque al principio ella dudaba, me lo prestó para leer. Ese fue el inicio de mi interés en la literatura relacionada con Dios, aunque en ese momento no comprendía bien el aspecto religioso. Crecí en una familia católica romana, pero con el tiempo me sentí motivado a explorar mi fe de una manera más profunda y comencé a estudiar la palabra de Dios, lo que me llevó a acercarme a las Iglesias de Cristo.

A los 19 años, después de visitar varias denominaciones, llegué a las Iglesias de Cristo y me involucré activamente, tanto que fui nombrado evangelista. Trabajé junto a hermanos como Edison Quevedo y Jorge Pérez, y con la orientación de buenos hombres y misioneros, sentí que había encontrado el modelo de cristianismo primitivo que buscaba. Empecé a estudiar de manera autodidacta temas de exégesis y hermenéutica, y luego, tras casarme, me adentré en lecturas críticas que me abrieron la mente hacia nuevos enfoques teológicos, alejándome de posturas demasiado fundamentalistas.

Al acercarme a los 40 años, sentí el deseo de dejar un legado y me preocupaba la falta de formación accesible para ministros en Venezuela. A los 45 años conocí el Instituto Bíblico del Golfo, que luego sería el Instituto Bíblico Internacional de Texas (IBIT). Esta iniciativa, liderada por Esteban Austin, me dio la oportunidad de contribuir a la formación académica de ministros, y en 2008 comencé a impartir clases, lo cual me llenó de alegría. Actualmente, soy profesor del curso de Profetas Menores y sigo aportando en la enseñanza de otras materias fundamentales para el desarrollo espiritual.

Hoy, miro atrás y siento satisfacción al ver que muchos estudiantes venezolanos han alcanzado títulos en Ministerio y Biblia gracias al IBIT y al esfuerzo de otros hermanos y mío. Algunos incluso han culminado la Maestría que también ofrece el IBIT. Me enorgullece ver que el sueño de construir un legado educativo se ha hecho realidad, aun cuando algunos líderes en Venezuela veían al IBIT como un riesgo doctrinal. Ahora, en lugar de "teólogo", me llaman "profesor", y estoy en paz con el camino recorrido. Agradezco a Dios por permitirme cumplir este sueño y siento que he dejado una huella que perdurará.

Bendiciones.